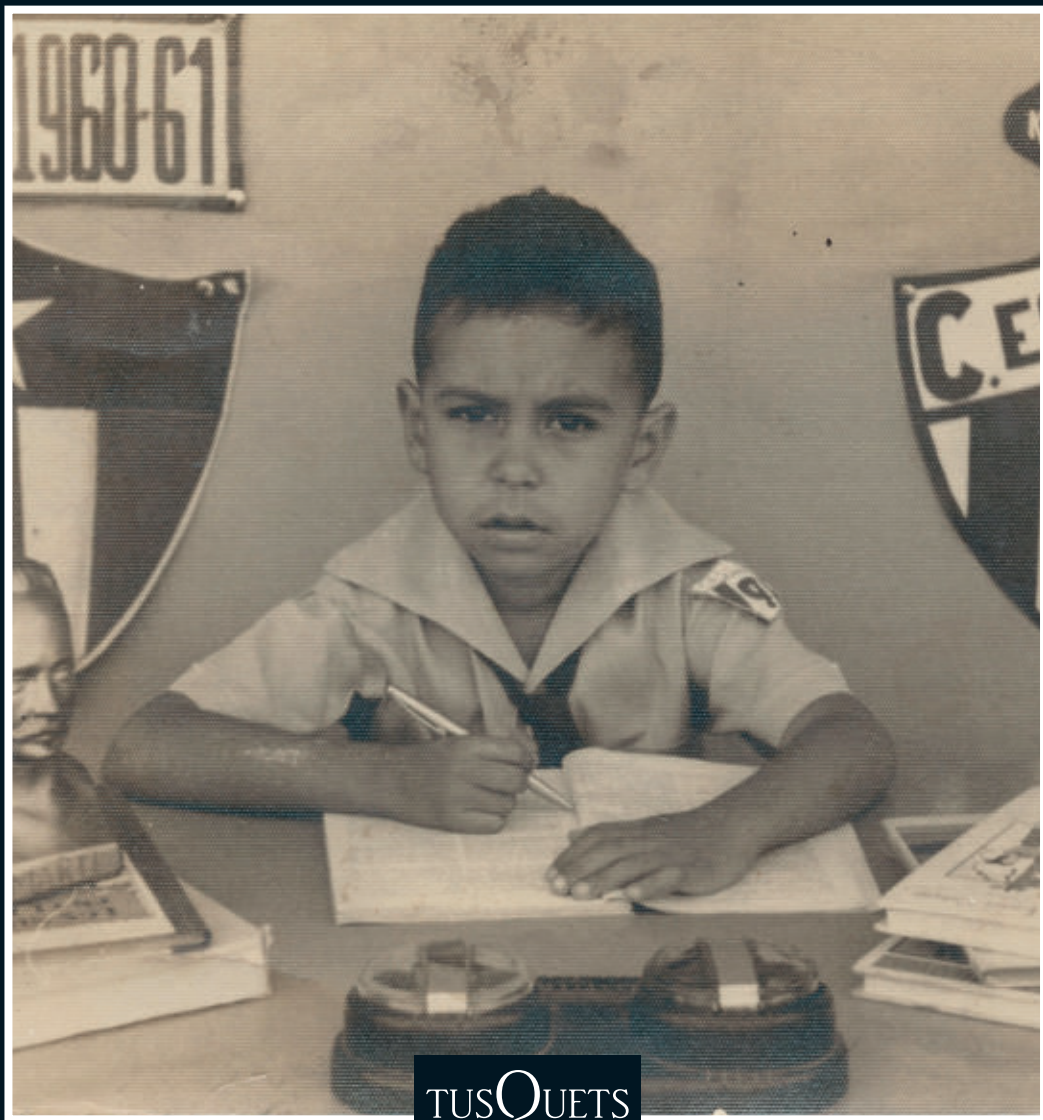


# Leonardo Padura

## AGUA POR TODAS PARTES

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

LEONARDO PADURA  
AGUA POR TODAS PARTES  
Vivir y escribir en Cuba

Selección y edición de textos de Lucía López Coll

1.ª edición: febrero de 2019

© Leonardo Padura, 2019

Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-9066-640-1  
Depósito legal: B. 959-2019  
Fotocomposición: Moelmo  
Impresión: Black Print  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Desproporción, singularidad y escritura . . . . .	9
Primera parte: La maldita circunstancia del agua por todas partes	
La ciudad y el escritor . . . . .	19
El reguetón de La Habana. . . . .	31
La maldita circunstancia del agua por todas partes. . . . .	41
La generación que soñó con el futuro . . . . .	57
Soñar en cubano: crónica en nueve <i>innings</i> . . . . .	75
Fotos de Cuba. . . . .	93
Yo quisiera ser Paul Auster . . . . .	101
Segunda parte: ¿Para qué se escribe una novela?	
El soplo divino: crear un personaje . . . . .	115
La novela que no se escribió. Apostillas a <i>El hombre que amaba a los perros</i> . . . . .	127
La libertad como herejía . . . . .	175
La novela de su vida. José María Heredia o la elección de la patria . . . . .	211
¿Para qué se escribe una novela? . . . . .	253
Tercera parte: Vocación y posibilidad	
Cuba y la literatura: vocación y posibilidad . . . . .	287
Revolución, utopía y libertad en <i>El siglo de las luces</i> . . . . .	297
Virgilio Piñera: historia de una salación . . . . .	325
La Habana nuestra de cada día . . . . .	339

Primera parte  
La maldita circunstancia del agua  
por todas partes

Una revista de viajes que se proponía exaltar las cualidades de La Habana como destino turístico me pidió una entrevista. Cuando al fin llegamos al acuerdo de día y hora para el diálogo, la joven reportera me dijo: «Queremos que nos hable de un lugar de La Habana que sea significativo para usted. No importa si es un sitio turístico. Solo que sea habanero e importante para usted o su literatura».

En una semana en la que me desbordaba el trabajo, apenas presté atención al acotamiento temático, y la tarde en que la periodista llegó a mi casa para efectuar el diálogo, cuando supe la condición antes anunciada, en un minuto tomé la decisión y le propuse que, si el lugar no debía ser turístico, el sitio más significativo de La Habana para mí era Mantilla, el barrio donde estábamos. Y sin que mediaran interrogaciones, comencé a hablarle de mi barrio natal, que es el de mis bisabuelos, mis abuelos, mi padre y casi toda la familia Padura cubana. Le conté cómo había sido el barrio y enumeré qué quedaba de lo que había sido. Cómo había crecido y cómo se había degradado. Y le dije que si vivía aquí, incluso en la misma casa donde nací, se debe, sobre todas las cosas, a una razón esencialmente personal: porque es el sitio al cual *pertenezco*, y donde todavía mucha gente me identifica porque soy el hijo de Nardo y Alicia, mis padres, mucho más conocidos, importantes y populares que yo.

Mantilla, debo advertirlo de nuevo, es un barrio sin atractivos especiales (o ningún atractivo, según mi mujer, a la que he condenado a vivir allí ya por treinta años) que se alza en la

periferia sur de La Habana, lejos del mar que corre al norte junto al Malecón. Como digo en algunos de mis textos sobre la pertenencia, todavía hoy es un lugar en donde, cuando alguien de aquí se traslada al centro, dice «Voy a La Habana». Mantilla es y no es La Habana. Mantilla es Mantilla. Mantilla es mía. Y con Mantilla, o desde Mantilla, me adueñé de la ciudad toda: la ciudad en la que nací, crecí y vivo; donde desde hace cuarenta años escribo, disfruto y padezco; con una precaria o inexistente conexión a Internet, con vecinos a los que les gusta escuchar música a todo volumen (incluso ponen a todo volumen un ruido que se llama reguetón), el barrio donde camino entre calles destripadas y basureros desbordados (aunque, en verdad, ese no es un privilegio mantillero, sino de todo el país). En fin, la ciudad que tantas páginas cubre en las novelas de mi vida y en las obsesiones de mis reflexiones y necesidades expresivas de una pertenencia cubana y habanera: mantillera.

Cuentan que en cierta ocasión alguien le preguntó a la poeta Dulce María Loynaz, por años enclaustrada en su casa habanera, por qué razón había decidido permanecer en la isla. Y la mujer sabia que era ella respondió: «Porque yo llegué primero».

El Malecón de La Habana es un parapeto de bloques de concreto y hormigón que corre por el borde norte de la ciudad, frente a la corriente cálida del Golfo de México, y extiende su sólida estructura desde los territorios de la protectora bahía donde se fundó la villa en 1519, hasta el final del antes aristocrático barrio de El Vedado, al oeste, justo donde terminaba la ciudad cuando nació el siglo XX y se comenzó la construcción de la barrera marina. A la vera del muro del Malecón hay una generosa acera, una y otra vez masticada por el salitre y las olas. Más allá, corre una cinta de asfalto de hasta seis carriles, por donde habaneros y forasteros se desviven por dar un paseo en un auto descapotable, a la velocidad máxima permitida, tragando a partes iguales el escape de otros carros y la brisa llegada del mar.

Pero el Malecón no es solo la marca física o arquitectónica más distintiva de la capital de la isla de Cuba: también es, sobre todo, la línea que marca el principio o el fin de la ciudad (y para muchos del país), según se mire: para los que sueñan con irse a otro lugar del mundo ancho y ajeno, es el principio; para los que hemos nacido en estos sitios y, por la razón que fuere, decidido permanecer aquí, es el final de lo propio, la última frontera. Porque el muro del Malecón habanero constituye la evidencia más palpable de nuestra insularidad geográfica y existencial: en esa larga serpiente pétreo se siente, como desde ningún otro sitio, la evidencia de que vivimos rodeados de agua, encerrados por el agua, esa condición que nadie ha definido



mejor que el poeta Virgilio Piñera: «la maldita circunstancia del agua por todas partes».

## 2

Mantilla es un barrio que comenzó a formarse a finales del siglo XIX en la periferia de La Habana, lejos del mar, a la vera del viejo camino real. Como mi padre, como mi abuelo, como mi bisabuelo Padura, yo nací en Mantilla, y en este barrio cada vez más deteriorado y despersonalizado por la modernidad y una larga desidia he invertido toda mi vida. Más aún: milito en esa rara especie de las personas que siempre han vivido en la casa en que nacieron, la casa que mis padres construyeron en 1954 y donde estoy desde hace sesenta y dos años. Mi casa.

Creo que el hecho de haber nacido y vivido en un barrio de la periferia en el que tres o cuatro generaciones antes de la mía se asentó un antecesor con mi apellido vasco (pero llegado solo Dios sabe de dónde), y en el que desde entonces palpité el corazón de una estirpe empecinada (lo que reafirma el remoto origen vasco de la familia), contribuyó en buena medida a forjarme un carácter y, sobre todo, un sentido de pertenencia. Porque más que cubano, más que habanero, siempre me he sentido mantillero, y desde esa cualidad que para otros puede resultar insignificante he mirado la vida y la ciudad, he sentido eso que solemos llamar la patria y hecho mi literatura. Desde esa empecinada pertenencia he decidido quedarme, en mi circunstancia, y escribir en ella y sobre ella.

## 3

Escribir nunca es fácil. Pretender ser escritor resulta casi una locura. O una condena. Ser un escritor habanero implica, además, un reto.

La Habana es una ciudad que se construyó con piedras y con palabras. Pocas urbes del mundo pueden exhibir un origen tan literario como la capital cubana. Fue en las primeras décadas del siglo XIX, cuando Cuba aún era una colonia del desvencijado imperio español de ultramar, el momento mágico en que un grupo de escritores decidieron crear una imagen del país posible y se empeñaron en el diseño espiritual de la ciudad de La Habana: para ellos era necesario tener una imagen de la nación que ya comenzábamos a ser y esa imagen tendría como escenario una ciudad. Entre el mar impenetrable y los edificios levantados por los hombres, aquellos escritores liminares, fundadores conscientes de la espiritualidad habanera y cubana, colocaron a unos personajes, criollos y forasteros, blancos y negros, ricos y pobres, buenos y malos que empezaron a dar forma singular y modos de expresión a un ser nacional que, entre sus peculiaridades y estigmas, tuvo la condición de la insularidad y el espacio urbano habanero como territorio cabal de las confluencias físicas y existenciales.

Desde aquellos tiempos de fundación la literatura, en especial la novela, se ha encargado de ir conformando y fijando la imagen y la espiritualidad de la ciudad y, por extensión, del país. Personajes, conflictos, escenarios se fueron mezclando y solidificando en busca de una identidad propia que se ha ido haciendo densa e intensa con el paso del tiempo. Durante siglo y medio los novelistas cubanos se empeñaron en esa construcción que sintieron imprescindible.

En los últimos treinta años, en cambio, los escritores trabajan en la deconstrucción de la ciudad: las ruinas físicas y las pérdidas morales de la urbe han tenido su reflejo en la arquitectura y su expresión verbal en la literatura y se han hecho aún más indelebles gracias a ella, a la literatura que hemos escrito, como un desgarramiento. Y como peso específico decisivo, siempre ha aparecido la condición insular: el territorio limitado, el sentido del enclaustramiento. Tampoco resulta extraño que tantos personajes de novelas y cuentos cubanos busquen una vía de escape más allá del mar. Menos inexplicable ha sido que muchos escritores

hayan hecho sus maletas y buscado otra vida en otra parte, más allá del Malecón, más allá de la maldita circunstancia que siente un personaje de Alejo Carpentier: «Carlos pensaba, acongojado, en la vida rutinaria que ahora lo esperaba [...], condenado a vivir en aquella urbe ultramarina, ínsula dentro de una ínsula, con barreras de océano cerradas sobre toda aventura posible [...]. El adolescente padecía como nunca, en aquel momento, la sensación de encierro que produce vivir en una isla; estar en una tierra sin caminos hacia otras tierras a donde se pudiera llegar rodando, cabalgando, caminando, pasando fronteras...».

Con dolorosa frecuencia los periodistas me preguntan por qué yo me he quedado en la ciudad, en la ínsula, quizás en el encierro. Y mi respuesta siempre es la misma: a pesar de los pesares, yo no soy otra cosa que un escritor cubano y necesito a Cuba para escribir. Así de sencillo.

#### 4

Los dos escritores más importantes de la literatura cubana del siglo XX creo que sin duda fueron Alejo Carpentier (1904-1980) y José Lezama Lima (1910-1976).

Carpentier afirmó en más de una ocasión su condición de cubano y habanero. Por ejemplo, en 1963 comenzaba una entrevista comentando: «... en efecto, mi padre era francés y puedo decir sin ironía que el hecho de que nací en Cuba y soy un escritor cubano de expresión española se debe al caso Dreyfus». En otro sitio recuerdo haber leído que el novelista afirmaba que su llegada al mundo se produjo en la muy habanera calle Maloja o de La Maloja, e incluso daba el número de la residencia natal. Lo cierto, sin embargo, parece ser que Alejo Carpentier, hijo de francés y rusa, nació en Lausana y no en La Habana, adonde llegó siendo muy niño. ¿Por qué el escritor necesitó reafirmar su indudable cubanía, su profunda pertenencia habanera ocultando por décadas que había nacido en Europa? Sea cual sea

la razón, nadie podrá negar que por su relación literaria con la ciudad, Carpentier ha sido quizás el más habanero de los autores habaneros.

Lezama Lima, por su lado, nació en un campamento militar en lo que a principios del siglo XX eran las afueras de la ciudad. Mientras Carpentier vivió largos períodos fuera de la isla, Lezama solo viajó al extranjero en una ocasión y fue a la vecina isla de Jamaica.

Durante su estancia cubana, María Zambrano cuenta que «Los diez poetas del grupo Orígenes de Lezama y su revista [...] me fueron presentados. Me pidieron ayuda para que su labor tuviera el reconocimiento que merecía. Les prometí que así lo haría en mis colaboraciones en revistas de prestigio de América y de Europa. Uno de los diez, Cintio Vitier, me respondió: “No, María; nosotros somos de aquí, queremos ser reconocidos aquí”. [...] Este ser “de aquí” resonó en mí avasalladoramente: este “aquí” era el lugar universal que yo había presentido y sentido en la presencia de José Lezama Lima, quien nunca había querido exiliarse. Él era de La Habana como Santo Tomás lo era de Aquino y Sócrates de Atenas. Él creyó en su ciudad». (Prólogo a la edición de *Paradiso* del Fondo de Cultura Económica, México.)

## 5

El exilio ha sido una de las constantes de la literatura cubana: tras la búsqueda de lo propio, la definición de una identidad a través de sus traumas, quizás la diáspora constituye su primera y más permanente constante. En el exilio vivió y escribió el primer poeta cubano que fue, por ser poeta, también el primero que le cantó a la patria y a su lejanía, a la nostalgia y al desarraigo. Veintinueve de los treinta y cinco años que vivió los pasó José María Heredia fuera de la tierra que eligió como su patria —tanto tiempo gastó en México que México se lo disputa como suyo. Muchos años vivieron en la distancia Cirilo Villaverde,

José Martí, Alejo Carpentier, Guillermo Cabrera Infante, Reinaldo Arenas, Eliseo Alberto. En la distancia hoy viven Abilio Estévez, Karla Suárez, Emilio García Montiel y varias decenas de escritores cubanos. Pero, como el fundador Heredia, ninguno de ellos logró o ha logrado irse del todo. La isla, la ciudad, los persiguieron y persiguen en sus peregrinajes. Algunos de ellos, de tanto volver la vista, se convirtieron en estatuas de sal.

Más que dramática, la pertenencia es trágica: dentro está la sensación del encierro; fuera, la plaga de la nostalgia. Para muchos no hay términos medios.

## 6

Un escritor es un almacén de memorias. Se escribe hurgando en la memoria propia y en las memorias ajenas, adquiridas por las más diversas estrategias de apropiación. A partir de ahí, el novelista crea un mundo. «... Construir un mundo quiere decir construir las ramificaciones de complicidad que existen entre los personajes que utilizas, las citas, los mitos, las referencias, los lugares simbólicos, los lugares de la memoria», según dijo Manuel Vázquez Montalbán, quien a propósito pensaba que, como escritor, un novelista no es de un país, sino de una ciudad.

La ciudad es entonces el mercado libre del que se nutre el almacén de memorias y de lugares simbólicos del escritor, muchas de sus referencias, el sitio material del cual no puede alejarse (y no hablo de cercanías o distancias solo físicas) a riesgo de perder la memoria y perderlo todo. O casi todo.

## 7

La Habana es mi ciudad y por eso puede provocarme una mezcla de pertenencia y ajenidad viscerales. Me identifico y comul-

go con lugares por alguna razón entrañables —empezando por el Malecón y por mi barrio anodino de la periferia, a los que puedo sumar el Paseo del Prado, la zona antes aristocrática de El Vedado, las calles umbrías y a veces fétidas de La Habana Vieja (colonial), los parques del barrio de La Víbora, el gran estadio de beisbol. Arquitecturas que se remiten a épocas, economías, estilos, funciones diversas, aunque todas cargadas de unos valores simbólicos quizás generales, sin duda alguna individuales. Son las columnas de mi ciudad de las entrañas, entrañable por ello.

Dramáticamente y al mismo tiempo, siento la artera evidencia de que esa ciudad en la que nací y vivo, a la que pertenezco y de la cual escribo, comienza a ser un sitio ajeno, que me repele y al que repelo, que se empeña en maltratar mis recuerdos y nostalgias. Tal vez porque envejecemos y nuestras percepciones físicas y espirituales cambian. Tal vez porque mi ciudad se va convirtiendo en otra ciudad dentro de la misma ciudad.

Antes dije que soy un escritor cubano y tal afirmación es una verdad y una mentira. Porque desde la percepción de otro escritor que acato, de la que me apropio y vuelvo a citar, más que a un país, el novelista pertenece a una ciudad. Una ciudad que es física pero también, y sobre todo, un estado de espíritu y un reservorio de historias, propias por vividas o por haber sido adquiridas gracias a lecturas y confidencias. Un cofre abierto en el que se conservan pertenencias y del que desaparecen o donde se pudren propiedades de las que procuramos no desprendernos.

8

Una ciudad son también sus sonidos, olores y colores: Jerusalén es del color del desierto y huele a especias. Amos Oz lo sabe. El sonido de Nueva York es la sirena de una ambulancia, un carro de bomberos, una patrulla policial. John Dos

Passos lo sufrió, Paul Auster lo sufre. El barrio español de Nápoles huele a café recién hecho. Roberto Saviano lo ha disfrutado.

*Mi Habana suena a música y autos viejos, huele a gas y a mar, y su color es el azul.*

## 9

Mi sentido de pertenencia a Mantilla y a La Habana me ha hecho el escritor que soy y me ha inducido a escribir lo que escribo. Mi ciudad es una mezcla del sitio en que he vivido con el territorio que recorrieron mis abuelos y mis padres. La integran una memoria de aquella Habana donde vivieron hasta el fin o de donde partieron —también hasta el fin— tantos escritores que me antecedieron, que contribuyeron a forjar su imagen y su alma, a darles voz a sus calles y edificios, escritores que me acompañaron, que me han ido sucediendo en mi tiempo vital. La componen, además, la luz de los cabarets y el ritmo de la música, los colores y las visiones de tantos pintores. Las obras de tantos constructores, desde aquel Bautista Antonelli que levantó las primeras fortalezas coloniales hasta mi padre, que levantó mi casa. Es la ciudad de los grandes partidos de beisbol que he leído o he presenciado. Y, por supuesto, es La Habana del Malecón, desde donde siento la presencia envolvente del mar y la sensación de que algo propio termina luego de haberse desparramado por tres puntos cardinales.

Mi pertenencia a esa ciudad más que dramática o trágica resulta esencial, como una condena: soy porque pertenezco.

El sentido de la pertenencia me sorprendió cuando aún no sabía que lo padecía y lo padecería. Comenzó a fraguarse como una necesidad de búsqueda de los orígenes y en ello me he empeñado por décadas. Me atrapó con el estudio de la vida y la obra del Inca Garcilaso de la Vega, el escritor que no sabía

adónde o a qué pertenecía porque inauguraba una pertenencia hasta entonces inexistente: lo hispanoamericano. Me llevó, de la mano de Alejo Carpentier, en la búsqueda de la identidad caribeña y cubana desde una perspectiva universal, un proceso en el que aprendí, gracias a Miguel de Unamuno, que al escribir siempre «hemos de hallar lo universal en las entrañas de lo local, y en lo circunscrito y limitado, lo eterno». Me permitió con Guillermo Cabrera Infante entender el ser y el hablar habaneros, que son los míos. Me hizo escuchar la música que define a la isla de la música y practicar el beisbol en la isla de los peloteros. La pertenencia y la búsqueda de los orígenes me condenaron a ser el novelista habanero que soy, con mis cargas de amor, odio y extrañamiento.

10

Mis personajes, como yo, son habaneros. Algunos, aunque no lo confiesen, son en realidad mantilleros. Y casi siempre son gentes aferradas a su origen, a su circunstancia, a su tiempo, a su ciudad. Tipos que padecen la insularidad pero que, a la vez, se revuelcan en ella y que, si deben partir, se sienten partidos: una de sus mitades se va, otra se queda.

Como yo, muchos de ellos han vivido mi experiencia generacional y han tenido ganancias y pérdidas comunes. Con ellos he recorrido la ciudad, la he sentido y la he descrito. A través de ellos he fijado mis nostalgias y frustraciones ciudadinas. Con sus ojos he visto la ciudad más histórica, la más rutilante, pero también los he llevado a caminar por los barrios más deteriorados de la capital, enfermos de un pasado difuso, con un mal presente, asomados a un futuro incierto. Los he puesto a ver el ancho mundo desde una esquina de mi barrio.

A mi personaje fetiche, Mario Conde, lo he condenado, sin posibles apelaciones, a vivir de sus nostalgias habaneras, metido en un barrio que se parece demasiado a Mantilla y desde la

27



azotea de su casa de siempre o desde una esquina de su barrio ancestral lo he impulsado a describir lo que se ve y a lamentar lo que se perdió de ese lugar entrañable. Le he transmitido mi sentido de pertenencia y lo he hecho irremediabilmente habanero, porque yo, su creador, no soy otra cosa que eso, un habanero que escribe.

## 11

En mi novela *Máscaras* (1997), Mario Conde camina por El Prado habanero acompañado por un viejo dramaturgo que le comenta: «Lástima de lugar, ¿verdad?... Pero fíjese que todavía tiene algo mágico, como un espíritu poético invencible, ¿no? Mire, aunque las ruinas circundantes sean cada vez más extensas y la mugre pretenda tragárselo todo, todavía esta ciudad tiene alma, señor Conde, y no son muchas las ciudades del mundo que pueden vanagloriarse de tener el alma así, a flor de piel... Dice mi amigo el poeta Eligio Riego, que por eso aquí crece tanta poesía, aunque digo yo que este es un país que no se la merece: es demasiado leve y amante del sol...».

En la siguiente novela, *Paisaje de otoño* (1998), Conde convoca al huracán que se acerca para que atraviese la ciudad, la destruya, y de sus ruinas nazca algo nuevo. «Huracán, huracán, venir te siento», clama, invocando a José María Heredia.

## 12

La Habana se va llenando de turistas y se pone en función de ellos. A la ciudad le nacen restaurantes estatales y privados con menús de platos y precios internacionales. Viejos hoteles y edificios renacen de sus ruinas y sus mugres y alcanzan categoría de cinco estrellas plus que solo pueden pagar gentes que ven-

gan de otros lugares, de otras economías. A los viejos autos norteamericanos que han dado carácter a la urbe, sus propietarios los someten a la cirugía radical de cortarles el techo y convertirlos en descapotables dedicados a pasear a los visitantes por el Malecón y la Quinta Avenida de Miramar, como si en la ciudad se hubiera producido un lazo del tiempo y en sus calles emblemáticas se escenificara un insólito *déjà vu*. Algunos palacetes de El Vedado se anuncian ahora como hostales. La Habana Vieja adquiere unos colores de Benetton que nunca tuvo y funciona como un parque temático de lo que fue la Cuba colonial y es la Cuba socialista de la postmodernidad, la postsovieticidad y quizás de otras posterioridades. La ciudad muestra sus riquezas y, a la vez, se me hace ajena, lejana, como las ofertas de Louis Vuitton y Armani que hoy exhiben las vitrinas de algunos de sus renacidos comercios empeñados en cazar (supongo que sin mucho éxito) a opulentos y desprevenidos burgueses quizás llegados de un Moscú que antes no solía creer en lágrimas. Y ahora tampoco.

Pero otra Habana, más grande y popular, en ocasiones medida dentro de la ciudad muestrario, vive con sus eternas angustias y esperanzas pospuestas, en su cotidianidad difícil, sin duda más real, más cubana. Es la ciudad de la periferia, de Mantilla y otros barrios similares, donde se encalla o crece incluso una pobreza que la hace dolorosamente entrañable, pero a la vez, también, ajena y hostil. Esa Habana es más la Cuba de los cubanos.

13

La Habana vive hoy su historia y su drama y yo trato de escribirlos. El Malecón y el mar, como siempre, marcan el principio y el fin de la ciudad en la que vivo y escribo, sueño y me desvelo, sufro e incluso hasta odio, porque puedo odiar lo que es mío y a veces deja de serlo, porque puedo odiar lo que más

29

amo y luego escribir, en mi casa de Mantilla, sobre esos tremendos sentimientos y confesar mis amores y dolores. Y, a pesar de los pesares, mientras escribo y vivo, sigo siendo y perteneciendo.

*Julio de 2017/abril de 2018*